

¡Creado para lo Grande!



De principio a fin, las Sagradas Escrituras testifican que la persona humana es la “obra maestra” de Dios, su obra más grandiosa. En la poesía de los Salmos, oímos el sentimiento de asombro suscitado por el lugar que la humanidad ocupa dentro de la creación:

Cuando miro el cielo,
obra de tus manos,
la luna y las estrellas que tú creaste, pienso:
¿qué es el hombre para que de él te acuerdes?,
¿ese pobre ser humano, para que de él te preocupes?
Sin embargo, lo has hecho un poco inferior que Dios,
lo coronaste de gloria y esplendor;
le has dado dominio sobre las obras de tus manos,
Has puesto todo bajo sus pies... (Salmo 8)

Al enviar a su propio Hijo al mundo, Dios cumple las “instrucciones paternas” que empezó desde el momento de la creación. La Encarnación de Jesucristo revela, de una vez por todas, la santidad, dignidad y grandeza de la vocación de la persona humana.

Esto es algo que nunca reflexionaremos lo suficiente. Adoramos a un Dios que nos ama tanto que entró en el mundo como cualquiera de nosotros, en el seno de una madre, y que experimentó todas las humildes realidades de nuestra existencia humana: el nacimiento, la infancia, la familia, el trabajo, la amistad.